

PARA CONTINUAR EL DIÁLOGO

RAFAEL ALVIRA

En el lenguaje coloquial se suele entender que la diferencia entre igual e idéntico es de grado: lo idéntico es lo “completamente igual”. Lo cual, valga la paradoja, es y no es verdad. No lo es, porque si dos seres son completamente iguales, no son dos, sino uno, mientras que la igualdad parece exigir pluralidad, es decir, que se mantenga al menos una diferencia individual; pero, de otro lado, sí lo es, porque es posible el “milagro” de una plena unidad que no rompe la alteridad: como es bien sabido, se trata del amor verdadero.

El amor identifica sin quitar la diferencia, antes bien, exigiéndola. Me identifico con el ser querido, pero para ello, ese ser ha de seguir existiendo como otro. Esto se aprecia hasta en las realidades más simples: si me identifico con mi equipo de fútbol –soy madridista, por ejemplo– es que ese equipo existe “en mi y fuera de mi”. A eso se le llama identidad, que implica

Todo grupo humano se define por su identidad, que no es lo mismo que igualdad. El amor identifica sin quitar la diferencia. Si falta amor la unidad es meramente externa

–nueva paradoja– tener algo en común. Eso común entre el equipo y yo es mi amor por él y la respuesta que me da como club y en el terreno de juego.

Una de las carencias más simples de la antropología democrática moderna es no haber comprendido el significado de la identidad, hoy por doquier atacada por los filósofos políticos a la moda. La igualdad no implica una comunidad real, y por eso el socialismo, ya desde el principio, sustituyó lo común con lo colectivo. Para el liberalismo no había problema, pues para él la igualdad está concebida como meta ideal.

El problema de esta antropología es que, si falta amor, la unidad es meramente externa, lo que implica a su vez que sólo un poder coactivo externo puede organizarla. De ahí la rousseauniana obsesión “buenista”: hace falta sostener la bondad natural del ser humano, para suponer que un poder “externo” no será injusto. El comunismo enviaba, por eso, democráticamente, a los criminales a las clínicas psiquiátricas, y es a lo que se acerca cada vez más

todo el socialismo. Aquí el liberalismo tiene menos remilgos, y le basta con quitar de algún modo de en medio a los perturbadores de la libertad de los demás.

Si se rechaza el amor verdadero como fuente de unidad y, por consiguiente, de paz, esa “fuerza interior” (“Dios es amor”) ha de ser sustituida por una “fuerza exterior” (El Estado ocupa hoy el lugar de Dios). Pero, así como el amor puede fundar una patria y un pueblo, por quienes dar la vida, pues eso sólo se hace por amor, el Estado no puede pedir más que sumisión. Nadie da la vida por el Estado, y es una falsedad mantener que el “pueblo es soberano”, dado que en el Estado no hay pueblo, sino gente. Todo ejército estatal es de mercenarios. Todo grupo humano tiene fallos, individuales o plurales, pero se define por la calidad de su intención y el nivel de su unión. España tuvo durante siglos una identidad formidable. Ahora se apresuran a desacreditarla para sustituirla por la “nada con patatas” de un Estado basado en la antropología democrática moderna ●